

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

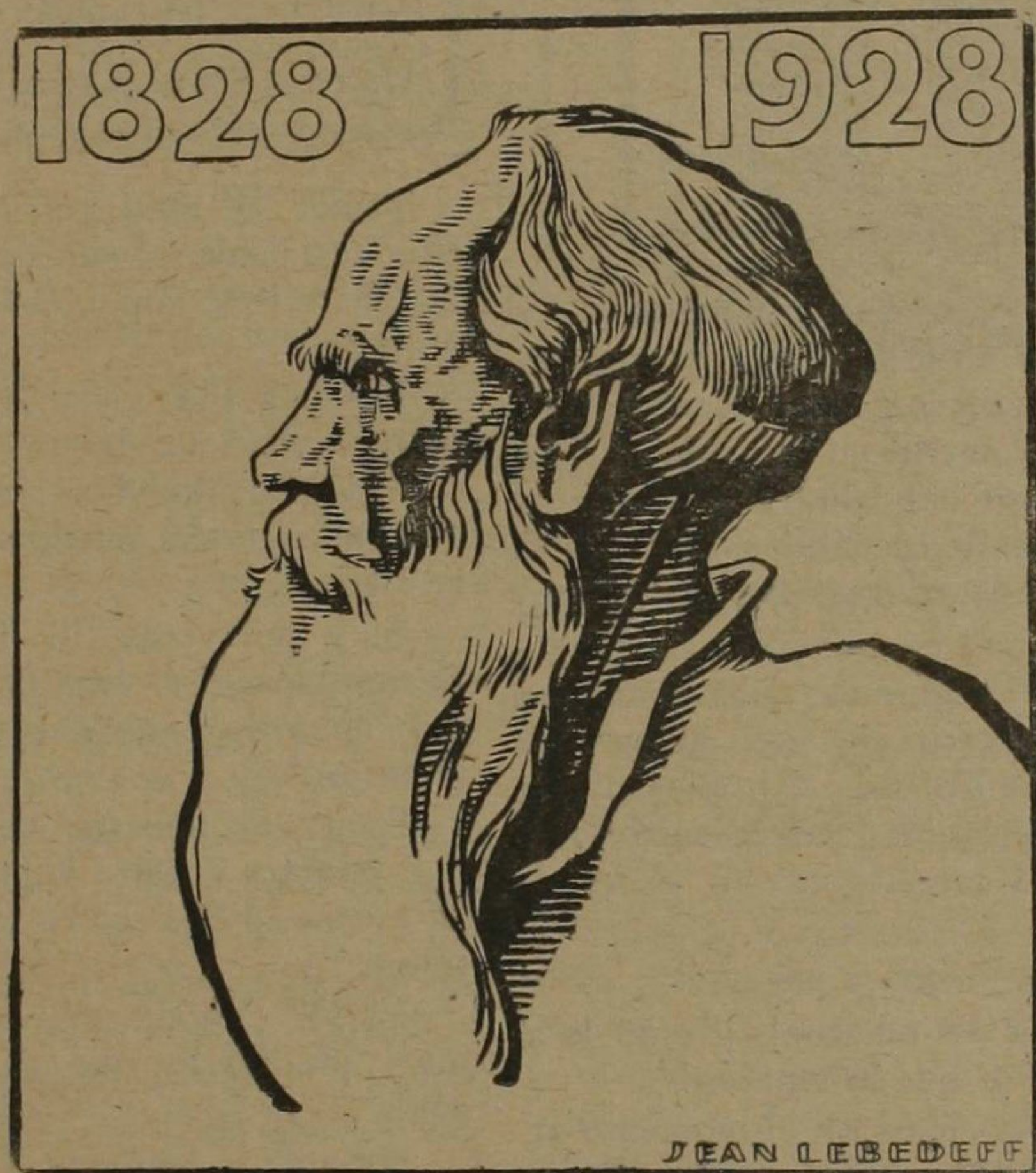
San José, Costa Rica

1958

Abril

Nº 4

Año 36 — Nº 1184



León Tolstoi

Meditando sobre Tolstoi y el Arte

Por Ricardo ULLOA BARRENECHEA

(En Rep. Amer.)

Una vez leída la obra *Qué es el Arte*, del viejo Tolstoi, se apoderó de mí una inmensa inquietud, la inquietud de conocer la vida de Tolstoi.

Era necesario buscar, ahondar, encontrar el cómo y el por qué del genio ruso que había dicho: la Novena Sinfonía separa a los hombres y los deshumaniza.

Me preguntaba cuál sería su verdadero concepto de las cosas y desde donde partiría la luz, acariciadora luz de su firmamento.

El autor de *Ana Karenina* y de *Guerra y Paz* se nos ha mostrado íntegro, genial, dionisiaco.

Mas, la estrella negaba la luz, aún más, renunciaba a su cielo y a sus rayos.

¡Negaba! ¡Negaba! ¡Negaba! ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué!

¡Qué sentía! ¡A qué aspiraba! ¡Qué temía! ¡Por qué negaba!

¡Qué estulticia telúrica asediaba su interioridad!

¡Qué requería su corazón présago y su humanidad de galeotes!

Así, en una tarde invernal de Madrid, este Madrid de Madrid y de España, vino a mis manos el hermoso libro de Romain Rolland reflejo del alma y sentir de ese ruso profeta.

Nunca me había imaginado de modo tan palpable la grandeza de su corazón, la fortaleza de su espíritu, el ideal angustioso de su vida, su franca enormidad, ¡vamos, la ardorosa fuente de su realidad!

Acá, precisamente acá, en estas páginas de Rolland, una verdad afloraba inquietante, casi inefable si hemos de aducir razones del corazón,

Tolstoi quería amar. Amar a la humanidad. A esa humanidad cotidiana, diaria, despojada de todo relieve, a esa humanidad tal como es. Así nos decía: «Amar a los seres que no se conocen, que no se encontrarán jamás, eso es muy fácil. No hay necesidad de sacrificar nada. Y al mismo tiempo uno está contento de sí. No, es preciso amar al prójimo, aquel con quien se vive y os molesta».

Así es, quería sacrificarlo todo, hasta su ser y vida individual por ese amor a la humanidad. Luego, buscó en sus últimas obras un lenguaje popular, quería llegar a todos, no negarse a nadie, ser universal en el pueblo ruso, ser él mismo ese pueblo que sentía y amaba.

Veamos por partes lo esencial del problema.

Tolstoi negaba. Negaba un arte de escogidos. Beethoven era el sordo de la música enfermiza.

Pero, ¡fijémonos! ¡fijémonos! ¡fijémonos!

Negaba siendo él mismo estrella de seres verdaderos. Negaba no pudiendo huir de esa fuerza extraordinaria y poderosa que es la genialidad. Negaba siendo definitivamente él mismo parte activa de esa negación.

Negaba siendo genio y hombre verdadero y realmente su amor no era cotidiano ni simple.

Era el sentir de un genio, de un hombre, de un profeta, de casi un Dios. Amaba así porque existía profundamente, si es que hay un existir de altos y de bajos.

No comprendía que ese amor, su amor de humanidad, ya no era humano; era un profeta de sin igual corazón que se hendía en su propia cruz de humanidad.

Su amor no era simple. No era un amor al alcance de todo el pueblo ruso. Era un amor tan individual, tan intenso e íntimo a su mundo, como el amar a los seres que no se conocen.

Era el amor de un genio que llevaba la primavera dentro de sí y la deseaba para todos los corazones. Mas olvidaba, no sólo cuán distinto es ca-

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

PROFESOR DE ESTADO

Especialidad en la enseñanza moderna del Algebra, Geometría,
Trigonometría, Algebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez

Teléfono 3963

Dr. E. García Carrillo

Especialista en enfermedades

CARDIO - VASCULARES

(Registro del Colegio de Médicos)

METABOLISMO BASAL

VÁRICES

175 vs. al Sur de la Plaza de Artillería

da corazón, sino también otra rara verdad, la primavera no la es para todos los mortales.

Finalmente su amor humano era amor genial.

Tolstoi existía, existía con plenitud.

¡Existía! ¡Existía! Acá está el problema del todo.

Existía o lo que es lo mismo sentía. Sentía con todas las fuerzas de la existencia que por el hecho de sentir existe y es.

El amor de Tolstoi era una Nueva Sinfonía que apenas anidaba en algunos corazones y que al mismo tiempo, se separaba de casi la totalidad de esta humanidad que muere sin sentir la alegría de ser, sin morir lo que debe existir, sin sentir lo que se debe sentir para que al fin sea y viva.

El amor, el amor de Tolstoi nos separa de la humanidad.

Amar es buscar lo mejor de los demás. Si encontramos ese algo mejor es porque un corazón se abre a nuestro toque y súplica. Será porque un corazón nos ha dado parte de su intimidad.

Nos ha dado igual a hemos encontrado.

Conocer a la humanidad es dejar de amarla. Sólo podemos amar en particular ya que no existe un común denominador de totales valores sublimes y hermosos que «arrebaje» a toda la humanidad.

El mismo Tolstoi amaba en particular. Amaba en particular porque ese amor tenía que florecer en una totalidad imposible. ¡Quién-le sentiría y le amaría! ¡Quién preludiaría una melodía acorde a su propio canto!

Solamente un ser, una existencia, un sentir que fuese su propio sentir, un alma abierta a su franqueza, a su entrañable bondad y cristalina faz.

Solamente un corazón que tuviese su mismo grado de corazón.

Tolstoi deseaba ardientemente amar, amar a esa totalidad de humanidad que encarnaba un pueblo, pero desgraciadamente su lenguaje, al igual que el sentir del solitario de Bonn, es abrevadero de escuálidos, ciegos a su luz, a su absorta realidad de poeta y profeta.

Ahora, meditemos unos momentos sobre el sentir de esa humanidad amada por Tolstoi. Así, pienso ante mí, qué humanidad se apresuró a rendirse ante tan ingente y exornada actitud?

¡Cuántos, cómo y por qué!

¡Cuántos le amaron! ¡Cómo le amaron! ¡Por qué le amaron!

Aún más. Hoy, en el momento actual, qué humanidad recoge floreciente y altiva ese canto de su ser y sentir?

Amar está tan unido a lo íntimo de nuestro ser que las semillas del amor se pierden, las más de las veces, a costa de un suelo macilento y pútrido.

Tolstoi amaba para sí y con todas sus fuerzas, haciendo ideal de la convivencia. Pero lo imposible de ese amor, su amor íntimo, no estaba en él sino en los demás.

Jamás podremos amarnos los unos a los otros porque la humanidad como concepto plural no tiene corazón ni merece tenerlo. Amarla es sacrificarnos en vano.

Ahora, pienso en un segundo punto de vista en torno a este amor a la humanidad. Ante nosotros es evidente una negación. Negar a Beethoven, al Dante, a Wagner, en suma al arte mismo.

Diría yo que el «cómo negaba» tiene realidad en su razón de corazón.

Ahora me pregunto el «por qué» de esa negación.

Negaba todo aquello que consideraba fuera del alcance del pueblo ruso. Negaba por temor.

Temor de todo aquello que como el arte sacude al ser desde sus más hondas raíces, imponiéndole su interno latir.

Temor a Beethoven, a Wagner, al Dante. Pero un temor hasta individual, inmanente. Un temor, nos dice Rolland, que era miedo al poderío, a la fuerza.

¡Sí y mil veces Sí! Temía a Beethoven por ser el más fuerte y reprocha al sordo inolvidable su augusto poderío.

Temía el poderío de Beethoven que arrastra nuestra voluntad. Es él. El mismo lo que somos y lo que sentimos.

¡Vivid! ¡Vivid! ¡Vivamos! ¡Vivamos! ¡Sentid lo que siente mi corazón!

¡He aquí el lenguaje de Beethoven!

El mismo Goethe reacciona furioso contra el maestro que le sujeta la voluntad.

Tolstoi teme la «violencia salvaje» del más potente de los genios.

Más, sin embargo, Tolstoi ama a Beethoven. Le ama porque siempre le sintió profundamente, si no fuese así no le conocería, ni le amaría y temería. ¡Hermosas todas las observaciones de Rolland!

Ahora, precisamente ahora es cuando comprendo el temor, ese temor de Tolstoi.

Ante nosotros se nos presenta la realidad íntima de los pueblos, de las sociedades, de los hombres.

Un pueblo es en definitiva una agrupación de hombres en el sentido más vulgar y corriente. Luego, un arte para el pueblo es igual a un arte para una agrupación de hombres simples.

Sería esto posible? Acaso el mismo arte de Tolstoi está condicionado por pueblo o los hombres cotidianos?

Acaso no es el hombre como «hombre» la más específica valorización de todas las cosas?

Acaso un pueblo, si bien con características propias como fenómeno de

colectividad, no culmina en su valor ante la íntima realidad de cada individuo?

Podría existir un arte para el pueblo si antes no confrontamos una realidad, una metafísica para el hombre?

La «cosa» humana nace. Es una posibilidad cuya existencia definitiva será según se realice en su mundo interior que le hará sentir, y sentir lo suyo y lo mío, lo tuyo y lo nuestro.

El hombre en general, como «especie», es una piedra que ve, que camina, que vegeta, que piensa más que las loras, haciendo caso omiso de una buena totalidad del género femenino.

El hombre como naturaleza física es un animal que piensa y ejecuta.

El hombre como «hombre y ser en potencia» es la «no piedra» y el «no animal».

Cuando decimos: Unamuno es todo un hombre, definitivamente lo consideramos y definimos como tal.

Pero para que una cosa sea, tiene por entero que «ser» lo que su esencia específica.

Si es todo un hombre «es lo que tiene que ser» por entero: hombre.

No se trata de ser poco hombre, menos hombre, más hombre, hombrísimo.

Si es hombre «es».

Y precisamente este «todo un hombre» lo definimos ante el ser y sentir de Unamuno.

Sería contradictorio llamar hombre y ser al no-ser y no-sentir del hombre Unamuno.

Tenemos tres caminos:

- Llamar a Unamuno «Super-hombre».
- No llamar hombre a lo que no lo es.
- Reconocer la contradicción

Si consideramos a Unamuno como «Super-hombre» es igualmente verdadero que estamos valorizando un estado de positiva superación. Tendríamos dos conceptos: hombre y super-hombre. En éste se incluye la suma, una suma de valores cualitativos. Es evidente un proceso ascendente e intrínseco ya que como naturaleza Unamuno es hombre más que super-hombre. En todo caso lo que nos interesa fijar es cómo un ser físico mediante un proceso de idealización y superación llega a tal estado interior que asimismo es génesis de un hombre superior, o bien si queremos, de un hombre verdadero.



“SELECTA”

La Cerveza del Hogar

EXQUISITA y SUPERIOR

Nietzsche pensó en el super-hombre.

Con esta teoría podemos pecar de extremistas y creer que el ser de los hombres superiores es una potencia realizada con privilegio. Yo prefiero pensar en que este «super» es un proceso de realización posible donde la realidad hombre sea un hecho y un posible.

Más que una teoría de super-hombres propongo un concepto de realización posible que nace y muere en el hombre mismo. Podemos recordar acá a Max Scheler cuando nos habla del mundo en el hombre como «realiter» y del hombre en el mundo «idealiter».

Por lo demás, si no llamamos hombre a lo que se toma como tal y así reconocemos el error de una contradicción, sólo hemos ganado el admitir el uso ineficaz de un sustantivo y dicha contradicción se nos aclara cuando asentamos como principio que son las cosas lo que son y no sus nombres.

Y es que lo generalmente reconocido como hombre es un estado intermedio entre el ser y el no-ser. Es un no-ser que puede lograr el ser.

Ciertamente la naturaleza física puede afirmar una realidad física: un ser físico. Pero si aplicamos el «idealiter» la física se transforma en metafísica y principios mucho más profundos afloran en la realidad del hombre como ser físico idealizado; ser que trasciende lo físico y se realiza como ser verdadero.

Cuando decimos: una silla es, este «es» aclara una realidad física y objetiva. Pero en definitiva tal silla no tiene conciencia de sí misma, no tiene realidad para sí sino para nosotros. En cambio el «ser hombre» es un sentirnos a nosotros mismos. Una realidad que en cada acto nuestro se especifica

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

San José, Costa Rica

Apartado 2352

y se complementa con el mañana posible de nuestra realidad siempre en formación.

Aún los animales son seres incapacitados para mirar su propia realidad. En cambio el hombre mira su interior y su exterior. No sólo es para sí mismo sino también para los demás. Es un ser en el ser y precisamente la realidad íntima de este «ser en el ser» es la suma total, el ser verdadero, de sustancia definida como posibilidad en superado realizarse.

Luego cuando decimos Unamuno es todo un hombre, estamos definiendo al hombre en «su todo» de realidad; para unos será un hombre idealizado, para mí, el verdadero y único.

Ahora nos preguntaremos qué constituye ese ser de Unamuno, cual es su por qué y su cómo? Luego lo veremos. Ahora sólo nos adentraremos en su amplia totalidad.

Ante nosotros nace un hombre físico, una posibilidad, Unamuno nace; elabora su mundo íntimo, asimila el acervo cultural, siente profundamente, abona su interior para sentir el máximo, su inteligencia crece y se robustece, la belleza de las cosas cubre con su fragancia su vibrante corazón.

La belleza le pertenece y piensa en ella, ha aprendido a pensar, piensa, el arte fluye por sus venas, crea y vive, vive y siente, la posibilidad se realiza, es un ser. Si queremos existir encamémonos al ser de Unamuno, de Goethe, o de Tolstoi.

Encontrarlos y amarlos será nuestra eterna tarea de formación. ¡Ah! dirán muchos, pero Goethe es un genio, tiene otra realidad.

Es verdad. Goethe es genio. Pero la genialidad es una fuerza que actúa sobre el ser. El ser verdadero siente profundamente y por lo tanto vive. Puede llegar o no al ser-genial, pero ante todo es ser y siente. Así Goethe es primero ser y luego genio. Y es que en definitiva el genio es la posibilidad superada. La genialidad implica en grado sumo y de alguna manera perfección.

Si la genialidad es una fuerza directamente proporcional será nuestro contacto con ella. Fuerza contra fuerza. O sea, comprenderemos al genio en cuánto su dialéctica haga y reencuentre idioma en nosotros. Este nosotros igual a fuerza, fuerza interior, fuerza de sentimiento, fuerza de ojos claros abiertos a la genialidad.

Luego, si el arte es producto del ser y del genio, cómo podría llegar a un pueblo que individualmente ni siente ni es? Qué puede crear para él, a su alcance, a su pretendida realidad?

¡Nada, nada! A no ser que lo fácil, lo cotidiano, lo de todo el mundo. Las paparruchadas de los que se imaginan que la hombría empieza y termina entre botellas de taberna y traquetero del colchón, hedor y aroma de prostitutas.

El arte como la vida es un mundo de sentires, de verdaderos sentires, de sentires profundos. Si deseamos la paternidad de este mundo verdadero, si lo hacemos nuestro, si lo queremos nuestro, ¡sentámos, vivámos, seámos!

Ante nosotros es paradigma trágico este torturado Tolstoi. Un hombre que quiso amar lo que no es, lo que no siente, lo que no ama, lo que no merece sacrificios ni profetas crucificados.

Sufría dolorosamente al contacto del dolor del mundo y quería atenuarlo. Hermosa actitud! Pero, cómo lograrla? Acaso negando a Beethoven, a Goethe, o negándose a sí mismo.

O acaso al arte, a la cultura, al sentir verdadero, a la única vida digna de llamarse como tal.

No, amigo Tolstoi, el problema es mucho mas hondo. No son los efectos sino las causas. No es el mundo sino el hombre. No es la Novena una causa separadora de los hombres, son éstos los que se separan de ella. Es la falta de vida la que incapacita el sentir la vida. Es la trivialidad a todo

gusto, en todo deleite. Es la propia «animalidad» humana o su realidad física que asedia el sedimento mismo de la vida y del ser.

Sólo un gran corazón será compañero eterno de otro corazón.

Ahora me pregunto qué podríamos hacer como elementos de la llamada sociedad humana o humanidad. Ante todo hacerla. No podríamos modelar el barro del futuro busto o relieve sin antes pulirlo y depurarlo.

Así, no podríamos modelar una sociedad sin hombres, sin humanos, sin seres. Luego, es indispensable el sujeto hombre. El hombre hacia su verdadera existencia, como camino ruta o guía de superación.

Este ser-hombre, el único capaz de amar, sufrir, vivir y morir verdaderamente está presente como posibilidad en el no-ser. Será imprescindible descubrirle esa posibilidad, su posibilidad. Desmarañarle de su condición animal, vegetativa, física. Anteponer lo positivo a lo negativo y ceder a la posibilidad su máxima potencia.

Le brindaremos al no-ser un espejo, un simple espejo de imágenes, de pensamientos, de esencias últimas. Le haremos trasunto de su posible existencia ante el espejo ser-ideal.

Este espejo se asienta en la cultura. Con ella el sentir más verdadero. Debemos sentir, sentirlo todo y apasionadamente, ardientemente, aún lo más arcano, aunque sea a costa de venteros o de endriagos.

Al sentir llegamos a lo nuestro, a nuestra intimidad, a nuestro ser. Y este sentir hace sentir a la razón que al sentir piensa y es pensamiento.

Trasunto de nuestro ser es la cultura porque ella es un producto, es actividad del ser que, prolongado en continuidades forma una historia de seres, donde el próximo posible está concatenado y contenido como trasunto.

Trasunto, que copia con propiedad. Copiar sintiendo. Es como si al pasar el lápiz sobre un croquis ya hecho en sus líneas generales y fundamentales, quede en nosotros la sombra que lo sintió y que contiene su trazo. Así, al copiar sobre el croquis seremos dos almas que vibran al contacto del fluir de una línea que se repite y agranda. ¡Ah!, copia, imita! Pero al hacerlo es un «uno» más, la posibilidad tiene su realidad de ser. El mundo de seres habrá aumentado y este «uno» será «un uno más» que los demás posibles deberán conocerle y sentirle. De acá

partiremos hacia una mejor convivencia. Ciertamente esa posibilidad se aumenta y se dificulta ante el futuro constante. Por eso la cultura es un proceso de asimilación; siglo uno al veinte.

Sin embargo, es evivente un común denominador cultural. Una constante cultural que da su vital contenido al ser. Podríamos llamarle a la manera de Goethe «esfera de conocimientos».

Nuestra esfera tenderá a ampliarse dentro de lo posible como inquietud. Pero lo importante es la energía de dicha inquietud. De donde deducimos que la cultura tendrá como fin último el intensificar nuestro sentir. La causa es el ser; su efecto el sentir. El ser es un hombre que siente. Si siente profundamente es hombre y es ser. Luego si la cultura intensifica el sentir la cultura intensifica al ser.

Ahora bien todos los seres no serán idénticos pero su común denominador de analogías será el sentir intenso.

Si este sentir es común denominador, el cómo y el por qué de este sentir serán semejantes en su actitud interior. Si ser es sentir, el cómo y el por qué sentimos estarán eternamente ligados al común denominador.

Cómo sentimos; cómo nos conmovemos? Este cómo ha de ser el vínculo que nos une. Cómo y con qué sentimos; cómo y con qué nos conmovemos? Este con qué será igualmente un inseparable cotidiano del cómo.

Luego tenemos un por qué, un con qué y un cómo. Diría yo que el alma del por qué ha de ser el con qué y el cómo. Primero es ser luego pregunta. ¿Podríamos preguntarnos un por qué del amor si desconocemos con qué amamos y el cómo amamos?

Que será pues más importante, el corazón o el amor? El corazón definitivamente. Precisamente es el corazón el centro vital del ser y al mismo tiempo la médula del con qué.

Luego si en el con qué amamos encontraremos el corazón del ser, el cómo será su experiencia.

El por qué a que responde la filosofía no lo entiendo sin antes no haber definido y regulado este con qué y cómo a que me he referido.

De todo esto deducimos que si el centro, la médula vital del ser es el «ser interior» o corazón, los seres como tales se «arrebajaran» bajo un núcleo común fundamental.

Igualmente será posible una comunidad de seres, de hombres, de humanos.

Naturalmente ante la pregunta del por qué de las cosas, cada ser abarca sus propias e individuales respuestas, pero siempre se mantendrá una unidad esencial y última, consubstancial al con qué. O sea que tendremos un con qué del por qué. Un con qué como unidad de valores globales. Un por qué como libre albedrío, individualidad de cada personalidad.

Así distintas filosofías responderán a una misma y eterna inquietud.

Hermano de la cultura, como realidad para el con qué, es nuestro mundo íntimo.

Las inquietudes son la máxima manifestación de la realidad del con qué y responden como sentir a la óptima efervescencia del ser.

Este sentir ha de tomarse en un sentido depurado y en su máxima posibilidad de intensidad.

Este grado sumo de intensidad nos llevará al grado sumo del conmovernos que igualmente tomará cuerpo en la manera de la inquietud.

Este sentir pleno será un sentir del sentir; un sentir que sentimos que sentimos. Línea y conducto directo a la realidad del ser y de la existencia.

Realmente el con qué es un ente complejo.

Tres factores primordiales constituyen el máximo común denominador que mediante su actividad conjunta a manera de Trinidad formarán el corazón del ser.

Este común denominador lo fijaremos —como totalidad— de la línea H-Y.

La cultura, el conocimiento y el mundo íntimo A. B. C. correspondiente serán los tres elementos primordiales constitutivos del H-Y.

Si el conocimiento C, coincide con el centro de nuestro común denominador H-Y, A y B serán sus extremos fundamentales, cuyo valor radica no en su individualidad sino en su interacción totalizadora sobre el H-Y.

La cultura, situada en A, nos dará y digámoslo con Max Scheler, «una estructura personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la institución, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo».

Nuestro mundo íntimo —situado en B— será nuestra realidad.

La cultura nos da un derecho. La cultura nos ofrece unos nuevos ojos,

ojos milagrosos que miran conociendo hacia el interior o hacia el exterior.

El mundo íntimo regulará lo más específico de nuestra personalidad y estará estrechamente unido y fusionado con la cultura.

El conocimiento será facultad mientras se integre en la totalidad H-Y. Si el pensamiento, hijo de la razón— lo entenderemos como una facultad del ser, esta facultad se define como «derecho por conocimiento».

Así la razón como absoluta o facultad verdadera sólo aflora en su valor dentro de la realidad del común denominador H-Y; ya que el pensar es absurdo sin el derecho que le otorga la cultura y el mundo íntimo, o sean los

elementos A y B. Pensar o razonar no es un simple querer, es un poder. Yo pienso y razono cuando efectivamente tal mecanismo responde a una lógica fundamental y a un derecho por conocimiento.

Así pues, A, B, C, constituyen la médula de un solo corazón. sus latidos serán los ojos del ser que determinan sentires verdaderos, los únicos, hijos absolutos de la línea H-Y.

Las inquietudes son el termómetro del sentir. Actúan en dos sentidos. Hacia afuera —donde el sentir se exterioriza— y hacia adentro. Actúan como flujo y reflujo del sentir.

Estas inquietudes resumen el sentir de nuestra totalidad y responden a una hermosa realidad en síntesis: la inquietud. De aquí obtendremos un elemento común, consubstancial a todos los seres y absolutamente básico y primordial para una posible y real convivencia.

De todo el fenómeno total obtendremos líneas de fuerza, de energía: las inquietudes que, como sentires máximos serán elementos determinantes del sentir del ser, que por el hecho de sentir así, existe y es.

El sentir nacido del H-Y produce las inquietudes, pero estas a su vez, fluyen como fuerzas y energías hacia un sentir superior que he llamado el sentir del ser. Hacia este sentir del ser las resultantes o líneas de fuerza y energía fluyen como un «con que» total y así, finalmente el ser se realiza como realidad de un proceso positivo.

La más intensa dirección lineal será la contraria o inversa. Es decir la que nace en este sentir último y total y se dirige hacia adentro, hacia su centro o origen, hacia el examen de su proceso. Es el sentirse de sí mismo, el sentirse en sí mismo, es el Ser en el Ser. Luego este «con qué» así realizado responde a un con qué como seres. Una realidad para el con qué vivimos, con qué amamos, con qué somos, con que sentimos y morimos.

Y es que en realidad yo soy lo que yo siento y por sentir existo. De donde el convivir sólo será posible en cuanto responde a la aprehensión de un mundo de valores bellos y sublimes de común realidad o fundamento para la humanidad. El hombre se vería dueño de un mundo común, el de los valores fundamentales de espíritu, el de las grandes inquietudes.

Y se vería dueño así por ser el mismo su dueño, dueño de su ser esen-

Cuadernos Americanos

Apartado Postal 965

México, D. F., México

Estos libros interesantes:

Antonio Castro Leal: <i>Juan Ruiz de Alarcón</i>	Dóls. \$ 1.00
Juan Larrea: <i>Rendición de Espíritu I y II</i> , cada uno	1.00
Eduardo Villaseñor: <i>Ensayos Interamericanos</i>	1.00
Emilio Prados: <i>Jardín Cerrado</i>	1.00
Rodolfo Usigli: <i>Corona de Sombra</i>	1.50
Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i>	0.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Prisión</i>	1.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Agonía del Perú</i>	0.50
Miguel Alvarez Acosta: <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela Premio <i>El Nacional</i>	2.00
Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas)	2.00
Fernando Benítez: <i>China a la vista</i>	2.00
José Tiquet: <i>Sangre de Lejantía</i>	1.20
Margarita Paz Paredes: <i>Dimensión del Silencio</i>	1.20
Germán Pardo García: <i>Acto Poético</i>	1.50
Germán Pardo García: <i>U. Z. Llama al Espacio</i>	1.50
Lucila Velásquez: <i>Poesía resistente</i>	8.00
Luis Sánchez Pontón: <i>Azulejos y Campanas</i> . Poemas	11.00
Luis Cardoza y Aragón: <i>La Revolución Guatemalteca</i>	10.00
Fernando Alegría: <i>El poeta que se volvió gusano y otras historias verdícas</i>	4.75
Griselda Alvarez: <i>Cementerio de Pájaros</i>	4.75
<i>Poesía de América</i> , Nº 3, Año IV	3.00
Juan Larrea: <i>Razón de Ser</i>	11.00
Juan Larrea: <i>La Espada de la Paloma</i>	22.00
Germán Pardo García: <i>Eternidad del ruiseñor</i>	10.00
Vicente Magdaleno: <i>Ascensión a la tierra</i>	6.50

Solicítelos a Cuadernos Americanos. México), D. F.); o a Rep. Americano. (San José, Costa Rica).

cia de superación, de su proceso continuo hacia el sentir más intenso.

Si todos los hombres sienten profundamente bajo las características de este «con qué» no sería posible una diferencia de clases. Tal diferencia sería imposible porque la sinceridad nacida del ser en el ser no lo permitiría. Los corazones bajo un sentir y latir consonante y regulado por el péndulo de la sabiduría sólo encontrarían entre sí, fluídos comunes, inquietudes desividas, seres que luchan por su verdadera realización.

Si todos los seres aman a Beethoven bajo un común sentir es porque sienten con semejante intensidad su canto y su lenguaje. Bien sabemos que este canto es la luz eterna de un pro-

feta y de un hombre extraordinario. Luego, si tal canto es sublime y bello, es el ser humano el que debe adentrarse en tal mundo de inquietudes superiores y realidades verdaderas.

Si todos los seres son posibles a tal inquietud, no sólo confrontamos una total realidad de valores verdaderos convividos sino que tal penetrar en ese mundo, esa vida y ser, es ser mismo del ser que por propia virtud —de superación y realización— ama y siente lo profundo, lo bello, lo sublime y eterno.

Si el fin de la vida es la muerte, ésta debe realizarse según dictamen de la propia naturaleza, o lo que es lo mismo, ser para luego morir, ir a la tumba con el mundo en el corazón.

Esta sería una muerte verdadera, un ser que tiene fin.

Acáso una piedra tiene vida y muerte?

Los hombres, los que se consideran como tales, qué es lo que nacen; lo que viven; lo que mueren?

Sólo y únicamente el sentir, el sentir verdadero, el ser en el ser es el que nos da la vida y la muerte.

Este sentir está plenamente bañado tanto de la angustiosa inquietud humana de Tolstoi como del eterno canto del solitario Beethoven, el más sincero corazón y el más implorante de los amigos; el más casto soñador del amor y del cariño entre los hombres.

Ricardo ULLOA BARRENECHEA.

Madrid. 1956 -58.

Sones de la lira

de Humberto TEJERA. (Sacados del libro *Aire de Sierras*)

(En México, D. F.)

MUNDO EN LA MANO

Al morazánico Dr. Arévalo.

*La tarde con gracias de niña mimada
frente a nuestra tragedia.*

*Diademas de culturas milenarias, guirnalda
de cantos y acantos. Ecuóreas coliflores
áureos parmesanos, vinos verdes, granates, cremas
—mentas en el mantel de los inmortales—
desnudas llamadas a los lechos de las bellas
frisos beethovenianos. Grupos de muchachas
cortando rosas al borde de los danubios
reflejando en los lagos sus bucles rubios.
Mundo barroco; divina interminable bacanal—
Pasan escuadrones de bombarderos.
Mazos de lanzas techan cosechas de muertos
despedazados. Locos, inútiles, esclavos, los que quedan—
Las palabras han perdido contenido. Inútilmente,
historias que ya nadie leerá, se inscriben en las tinieblas.
Acá, en nuestras repúblicas, esperanza del universo,
patrias del oro, las piñas y las fresas,
tropel de propagandas mendaces y siniestras
diplomáticos-comerciantes y escuadrones de desembarco
hez del mundo en aluvión de insolencias
invaden a las urbes sacras que tuvieron las
primeras universidades en el nuevo mundo, las primeras
imprentas
los primeros libertadores de esclavos: acampan fieras:
Mánagers, bosses, inversores, cadenas de prensa
chimeneas de estornudos, acueductos de excrementos
suplantan a nuestras inocentes églogas.
Corruptores de tribunales, falsificadores de sentencias,
mercaderes fenicios, se entienden bien con el hampa
autóctona
se casan con las terrígenas princesas,
y el progreso, la dicha, la paz, el orden: comienzan.
Dictadores bufos de chafarotes y cachetes
reciben toneladas de condecoraciones de las potencias.*

*de chapopote, de bases, de bananas y esclavos, sedientas.
XEUWZ informa: los civilizados acaban de asestar
un tubazo*

*en la frente, a un pequeño pueblo artista, esperanzado
y jubiloso, que construía su democracia de trabajadores.
Lo desarman, lo atan, lo condenan a entregar hasta
el último*

*de sus derechos, minas, tierras.
¡La última gota de sangre de sus proles siervas:
Actos de un drama continental, las noticias llegan.
Cayeron Guatemala, Haití, Nicaragua, Panamá.
Colombia, Venezuela.*

*Con monótono ritmo de tambor asesino, repica la
asociada prensa.
Repica triunfos. ¿Acabarán el siglo, el mundo,
alguna vez?*

*Seguimos rodando por la inmundicia jurídico-diplomá-
tica
por las orgías de Venecia, los escándalos y suicidios
de Mónaco y Hollywood,
y las sádicas delicias de preparar la futura tercera
guerra.*

*Faraones del terror invitan a la carnicería de mil años
sobre las ruinas de la humanidad entera,
nubarrones con el mensaje del tiempo maldito.
Aguilas bicápites, perros, caballos por el aire, amagan
a América.*

*Un equipo de verdugos mata a Sandino,
a Masferrer, a Jaime, a Alvizu Campos, a Galíndez.
Un coro de carcajadas expulsa a Chaplin, a Einstein,
a Gallegos, a García Monge, a todos.*

*Gángsters a mandíbula frenética ganan las elecciones...
Ganga de última hora en la radio de medianoche.
En plena feria de esclavas de Wall Street, un chófer
improvisado coronel, desenfunda el sable y en su punta
un mapa:*

*ofrece su mercancía: —¿QUIÉN COMPRA UNA
REPÚBLICA?*

BURGUÉS TRIUNFANTE

La borgiana sortija de ponzoñas, tú tiendes
en la algazara estulta de tus tediosas fiestas.
Rematador de espíritus, oro falso defiendes
mientras encuernan de oro tus polígonas testas.

Pues tus hazañas, rábula, embaucador, son éstas:
alquimizar detritus en mentiras que vendes.
Midificar en náuseas, lo que en tus garras prendes
y tiznar con tu pluma los elogios que apestas.

Cruces y estrellas fulgen en tu guardarropía:
y un fanal atrayente, portas, vaca sombría
que a los náufragos llama a la playa bretona...

Mientras botín acopian tus sólanos, bravía
la verdad flagelante te marca una corona
joh, rey de los falsarios, erupción de la orgía!

WOFL CON 20 CAPERUCITAS

A Juan Marinello.

Peinadas con rizos de aurora, mirad, amiguitos,
a las 20 Caperucitas felices entre su fauna y flora.

Suya, la oda a la agricultura de las tórridas zonas;
suyos, los Andes en la altura; suyos los juegos del
que en mojarles los pies se recrea... Suya la gloria
de libertad, laureles y coronas...

Entre bananas, petróleos, dulzura, en paisajes de
pacen sus flocos de candor las Caperucitas remolonas
—¡ay, rigor!—

Ellas, regalos de albura, inocencia clara y pura
de recentales en flor. ¡Qué confianza segura,
qué ingenuos cantos de amor, balan y duermen en
en estos edenes del globo, todos tomillo de olor!

¿Qué ves? Sombra horrible, obsesionante, las vigila
Rayas criminales y estrellas falsas viste; su sorbete
en que prepara diabólicas salsas para guisar niñitas

Con cabría, melíflua presura, acércaseles fingiendo
y agitando su piocha murmura:
—«Qué suaves para el adobo, para el asado y la fritura!

Qué fragancias y cuál sabor... ¡Qué ricas para la
de un nuevo conquistador!».

En gigantescas sombras de pavora sobre esios edenes
repítese, —odiosa catadura— la tragedia de la fiera
cruel, de atroz dentadura, que engaña a la pobre
criatura...

Así pacéis, rebaño bobo, Caperucitas gracia y dulzura.
Así el nuevo conquistador os corteja con gracia
zalamera...

Ved: ¡qué rugidos de fiera, y qué colmillos del Pastor!

FELINO Y QUETZAL

(En recuerdo de Batres Montúfar
y dedicado a Flavio Guillén).

Un gato montés, con garra brutal
se lanzó en las selvas contra un lindo pájaro
que alegre cantaba dicha y libertad
creyendo inviolables sus azules cielos
creyendo sagrada su tierra natal.
¡Ave deliciosa que muere si un día
en jaula o en trampa la quieren privar
de su rebeldía, de su dignidad!

Rasgándolo en sangre, devoró la fiera
a aquel lindo pájaro, sin desperdiciar.
El hambre y la furia del monstruo ensañáronse
en aquel bocado de cardenal:
ramo de esmeraldas con ojos de niño
y rojo penacho de oro y coral.
El canto y las plumas, por la negra fauce
pasaron —oh, triunfo— sin dificultad.
Quédanle bigotes de sangre al rufián.
Feliz, jactancioso
al sol y de panza échase a roncar.
Digestión de tigre —la ley de la selva—
que impone su fuero de horror y crueldad.

Y pasan los días, Y en el vientre estúpido
menos que el cerebro, del torpe animal
esmeraldas, corales y sedas
ya retortijones furiosos le dan...
¡El felino tonto se tragó con plumas
tan ansiada presa, tan bello quetzal!
Y las plumas dentro tripas de felinos
convuértense en lanzas de agudo cortar.
Rasgando y picando la panza al verdugo
tumores y cánceres pronto sacarán.
Hasta que un buen día, muy pronto quizás,
reviente por dentro, rotas las entrañas
la bestia transida de dolor mortal.

MORALEJA:

Aprended, felinos de la humanidad.
No traguéis las plumas que escarban y punzan
cuando presas débiles golosos tragáis.
Recordad: las plumas no son digeribles.
En vuestras orgías de crimen, pensad
que la Historia escribe con plumas su fallo
—con plumas de ave— Justicia y Verdad.

AMERICAS
Revista Mensual Ilustrada
Arte, Historia, Filosofía,
Deportes; Turismo..., lo más
importante de los países Americanos.
De venta en los puestos principales
en la Moneda Nacional de cada país.

Diez minutos con Vicente Gerbasi

Por Hugo LINDO

(En Rep. Amer.)

Los avatares de la vida diplomática han traído recientemente a Chile, a dos de los poetas representativos del ya famoso Grupo Viernes que se reunía en Caracas hace unos veinte años.

El primero en pasar por aquí fué Otto de Sola. Nos vimos en numerosas oportunidades. Le tomé fotografías para mi archivo. Fué siempre cordial. Pero se marchó sin que jamás hubiéramos podido tener una conversación relativamente ordenada sobre temas de común interés. Otto es un señor inasible, una especie de poeta gaseoso, más hecho de atmósfera que de realidad.

Diferente es el caso de Vicente Gerbasi. Lleva los pies sobre la tierra, sin perder por ello su permanente vibración poética.

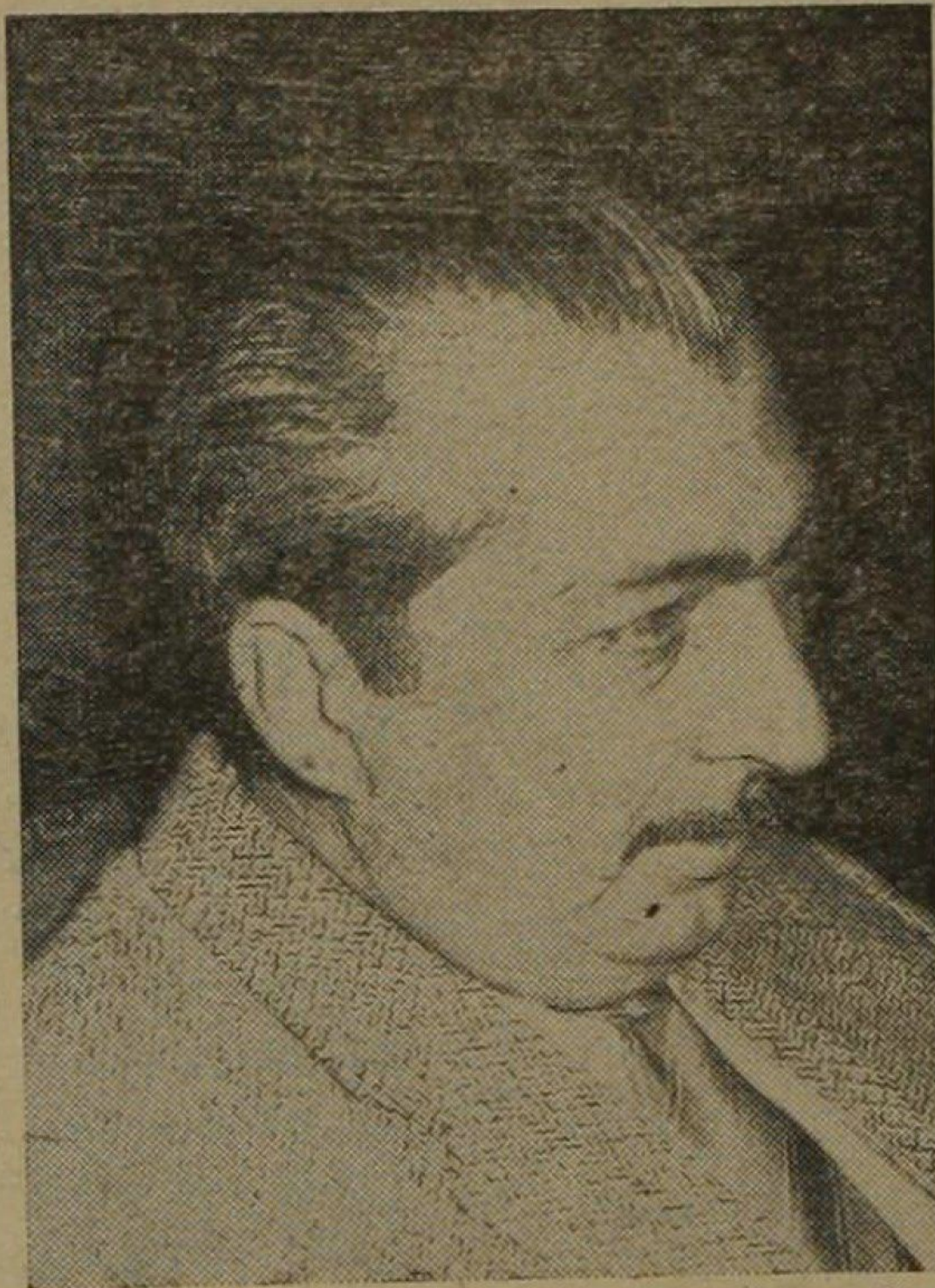
El Grupo Viernes fué un movimiento de gran categoría. Se inició —rememora Gerbasi— a la muerte de Juan Vicente Gómez, porque las gentes de pensamiento experimentaban una imperiosa necesidad de dialogar. Era aquél un seminario de poesía, según palabras de mi interlocutor. Allí estaban Angel Miguel Queremel y Luis Fernando Alvarez, ya fallecidos; José Ramón Heredia, Otto de Sola, Oscar Rojas Jiménez, Pablo Rojas Guardia, Rafael Olivares Figueroa, Fernando Cabrises —el crítico del grupo—, Pascual Venegas Filardo, y este Vicente Gerbasi de cuya conversación doy cuenta ahora. Después fueron asimilando otros elementos valiosos, muchos de ellos, españoles desplazados por la Guerra Civil.

—Con nosotros estuvo muy frecuentemente el poeta chileno Humberto Díaz Casanueva...

—Sí: yo lo conocí precisamente en una tertulia del Grupo. El estaba recién nombrado Encargado de Negocios de Chile en El Salvador, y me pidió algunos datos sobre mi tierra...

—Humberto nos orientó bastante, mostrándonos algunos cauces de la poesía europea. Era gran admirador de Rilke...

La vida de Gerbasi está llena de viajes y de libros. Nacido en 1913 en Cancabo, Estado de Carabobo, partió muy joven hacia la tierra de su padre. Estudió Humanidades en el Instituto Cavour, de Florencia. Regresó a Venezuela y se entregó a la vida periodística y literaria. En 1937 vió la luz



Vicente Gerbasi

Foto de Hugo Lindo
Santiago de Chile. 1958.

su primera obra, *Vigilia del naufrago*. Ese mismo año organizó en Ciudad de México, juntamente con Rojas Jiménez, una exposición del libro venezolano que inauguró Waldo Frank.

Los afanes del servicio exterior lo llevan sucesivamente a Colombia, a Cuba, a Ginebra. Sus convicciones políticas y su sentido de solidaridad humana, lo hacen renunciar a la carrera diplomática cuando cae el gobierno de Rómulo Gallegos, cuyo Canciller era el poeta Andrés Bello. Hoy ya está de nuevo en el servicio: es Consejero Cultural de la Embajada de su patria en Chile.

Desde *Vigilia del naufrago* hasta *Tirano de Sombra y fuego*, 1955, van once títulos de poesía y uno de ensayo. Con *Liras*, 1943, gana el premio municipal de poesía, de Caracas. Dos de sus obras, *Mi padre el inmigrante*, 1945, y *Los espacios cálidos*, 1952, logran el honor de ser traducidos al francés y editados en esa lengua.

Una especie de surrealismo contenido, entre cuya aglomeración de imágenes se encuentran huellas del simbolismo francés y del mágico aliento rilkeano, nutre los versos de gran parte de su producción. Sirva de testigo una estrofa de *Mi padre el inmigrante*. Es del segundo canto:

«Venimos de la noche y hacia la noche vamos.
Los pasos en el polvo, el fuego de la sangre,
el sudor de la frente, la mano sobre el
hombro,
el llanto en la memoria,
todo queda cerrado por anillos de sombra.
Con címbalos antiguos que el tiempo nos
levanta.
Con címbalos, con vino, con ramos de
laureles.
Más en el alma caen acordes penumbrosos.
La pesadumbre cava con pezuñas de lobo».

* *

La charla ha recorrido diversas zonas, todas de una sola y grande comarca: la poesía. Ahora ahondamos.

—Vicente: habíamos hablado de una tesitura americana, o de una multitud de tesituras americanas en el orden poético. ¿Cuáles serían a tu juicio los denominadores comunes de una poesía que venga en el mapa desde México hasta Chile y la Argentina? ... Es decir: ¿qué notas podrían definirnos, perfilarnos, frente a Europa en general, y especialmente frente a España y Francia, que tanto nos han influido?

—Bueno ... yo he enfocado el fenómeno de la poesía con respecto a cada país, inclusive a cada continente, en esta forma: los poetas se expresan con los elementos que ven desde su infancia ... La poesía tiene mucho sensorial, o, para ser más exacto, de «vivencial». Por ejemplo, tú vez una poesía antigua china, o una poesía moderna china, y tú encuentras que el aire, el color de esa poesía, son chinos ... Multiplica los ejemplos: Garcilaso, Fray Luis de León, Tirso de Molina, Góngora ... y luego Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca ... ¡Son igualmente españoles! ... ¡Están expresando su tierra! ... ¿Por qué? ... Porque trabajan con elementos de su tierra ... Con el aire, con el cielo interior que han venido captando desde la infancia hasta la madurez.

— ... Y la «pequeña circunstancia» de que hablaba Goethe ...

—Exacto. Ahora, ¿por qué nosotros los americanos, no vamos a expresar lo mismo? ... Si tenemos atmósfera, nuestros hombres, nuestros animales, nuestros árboles, todo este mundo que nos rodea ... Nombrando esos elementos, trabajando con esos materiales americanos en la poe-

Walt Whitman

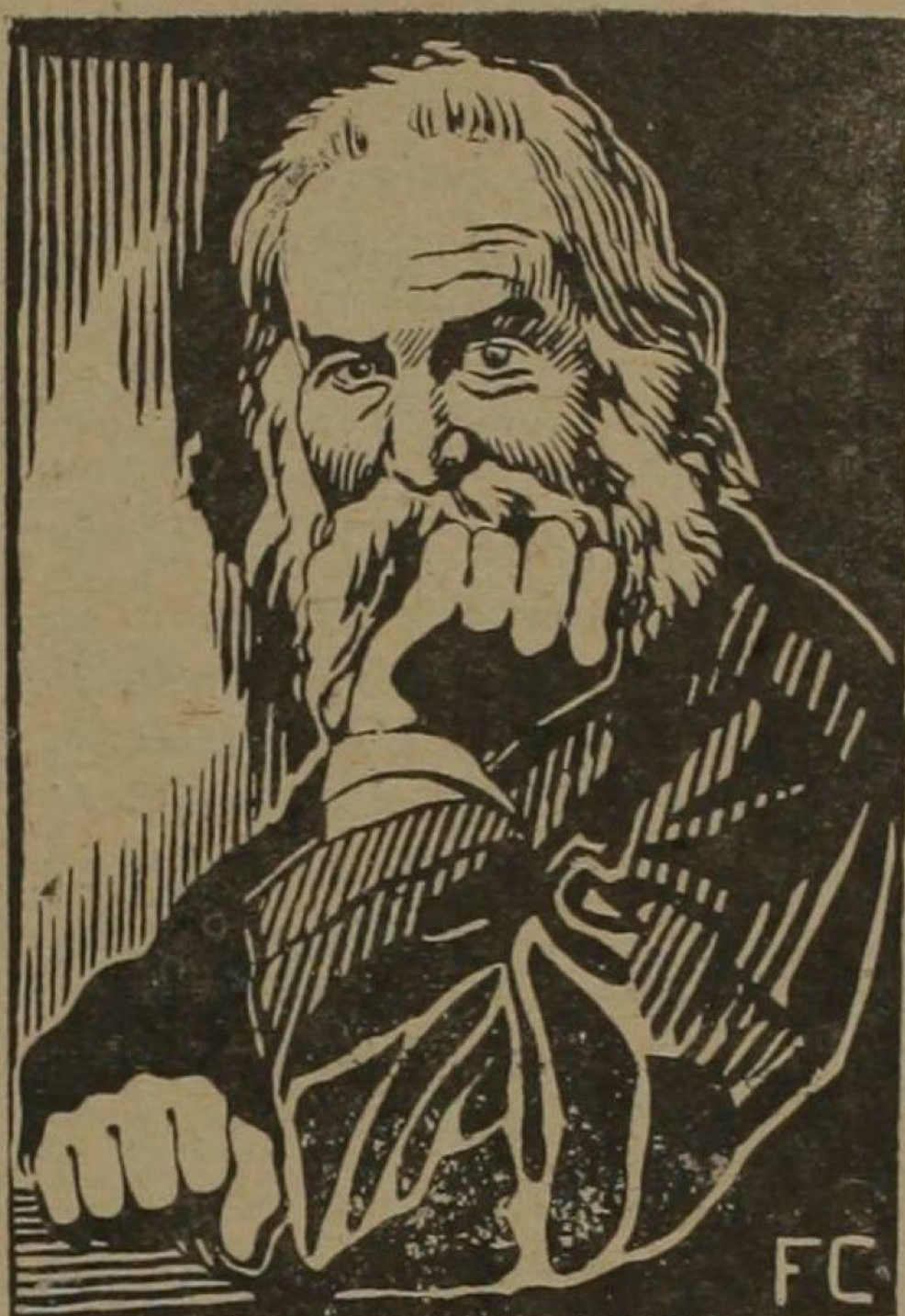
Por Ramón ROMERO

(En Rep. Amer.)

El barón de Humbolt al estudiar los bosques América observó cuidadosamente una variedad de plantas que viven en sociedad, otras que se recogen en los troncos y ramas con indolencia, y en general, los árboles solitarios y frondosos en busca de la altura y de la luz.

De esa feliz observación nació una ciencia nueva, la geograffa de las plantas en relación estrecha con la geografía de la luz, por la vida que ellas representan en los diferentes climas y países del continente americano. Los bosques europeos, sujetos a las alterativas brumosas de la naturaleza son distintos a los bosques tropicales dominados por la eterna primavera.

El hombre es hijo de la tierra y seguramente ha de someterse a las mismas leyes determinadas por la naturaleza. En esa selva de los pueblos del norte de América, entre la nutrida montaña, creció un cedro robusto y fuerte, un hombre sin asperezas ni melancolías, dispuesto a dar todo su follaje a la humanidad, Walt Whitman.



Walt Whitman

Visto por Fr. Cotaro.

Cuando apareció el volumen «Hojas de Hierba» la sociedad amaestrada por la tradición y las prácticas burguesas de los siglos que Inglaterra viviera,

sía, creo que llegamos a dar la tónica propiamente americana, a expresar el mundo americano . . .

Yo sé que Vicente Gerbasi no habla en términos abstractos de teoría. Recuerdo haber leído en *Los espacios cálidos* un poema de gran finura en donde estos valores entrañables encuentran su camino expresivo:

*«Te amo, infancia, te amo
porque aún me guardas el césped con cabras,
tardes con cielos de cometas
y racimos de frutas en los pesados ramajes.*

*Te amo, infancia, te amo
porque me regalaste la lluvia
pues hace crecer los riachuelos de mi aldea,
porque le distes a mis ojos un arcoiris sobre
las colinas.*

*¿Aún existen los naranjos
que plantó mi padre en el patio de la casa,
el horno donde mi madre hacía el pan
y doradas roscas con azúcar y canela?*

*¿Recuerdas nuestro perro que jugando
me mordía las piernas y las manos?
Nacían puntos de sangre, un pequeño dolor,
pero todo pasaba pronto como el sabor de la
guayabas».*

—Ahora te voy a plantear una pregunta indiscreta. Si no quieres, no la

respondas . . . Entre la poesía *actual, de este momento*, americana, y la de España, ¿cuál te parece mejor lograda, y por qué razones? . . .

—¡Bueno! . . . Apartando, naturalmente, a los grandes poetas españoles, como los ya nombrados . . . Yo creo que en América se está dando una posición muy superior a la peninsular. Nosotros vamos descubriendo un mundo, y ellos están trabajando su mundo que, si no agotado, está siendo repetido. Y repetido en una forma quizá demasiado académica, fría, intelectual . . . Nosotros somos más frescos . . . Decimos las cosas sin fanatismos retóricos, más espontáneamente . . . Nos preocupamos mucho más por la esencia que por la forma, ¿no? . . . Me refiero a la forma exterior, por supuesto . . . Porque yo no estoy de acuerdo con esa gente que dice, por ejemplo, que la poesía moderna sin rima ni medida, carece de forma . . . ¡No! . . . La tiene. Y muchas veces, hasta una forma de mayor pureza y hermosura que la poesía enmarcada en los cánones métricos . . .

Hugo LINDO

Santiago de Chile,
mayo de 1958.

trasplantadas en esa parte del continente, repudiaron con palabras y hechos la luz de las praderas, las ideas saludables en el contenido de un libro extraño para la época, y su autor no se sintió conmovido ni amargado. Al contrario, elevó más su voz y sin limitaciones se dió a los cantos que levantarán la condición del hombre, su libertad, la alegría de vivir, la armonía de la existencia en flor en cada pueblo y en cada ciudadano.

El 31 de mayo próximo se cumplirán 139 años del nacimiento de Walt Whitman. Creció en un ambiente libre, y en su juventud fué maestro de escuela, impresor, periodista, y a los veintidós años es un espectador en las calles de New York y Brooklyn, un rebuscador de los secretos y alegrías de las almas.

Es posible que las palabras siguientes sean de su autobiografía: «En primer lugar él estudió la vida, los hombres, las mujeres, los niños, se trató de igual a igual, los amó y fué amado, y los conoció infinitamente mejor de lo que se conocían ellos mismos. En seguida se entregó al estudio circunstanciado de los almacenes, las casas, las veredas, los barcos, las fábricas, las tabernas, las reuniones, las asambleas políticas, las excursiones de placer. Fué desde el comienzo un absorbedor de sol, de aire libre y de calles, y en seguida, de interiores. Conoció los hospitales, los asilos, las prisiones y sus habitantes. Atravesó libremente esos barrios de la ciudad habitados por los peores vagos, conoció a todas esas gentes y muchas de entre ellas lo conocieron; aprendió a soportar su suciedad, su vicio, y su ignorancia; vió lo bueno y lo malo que había en ellas y lo que había para justificar sus existencias».

De esa experiencia de la vida hace un resumen y observa la grandeza espiritual que sobrenada en el dolor y en la alegría, y logra traducirla en la mayoría de sus poemas de juventud, ese motivo que ha visto flotante en el aire de su tierra, la libertad, el vigor de la raza, la arquitectura armónica del hombre y de la naturaleza.

En su época florecieron otros bardos, el sensible Longfellow, Poe, el creador de un mundo extraño, Bayard Taylor, el de los romances y escenas pastoriles; pero esos poetas representaron la vida artística de la vieja Inglaterra, los milenios transmitidos por ley de raza a las generaciones y Whit-

man es el producto de los bosques, del aire, de la luz americana.

En 1855 cuando aparece la primera edición de «Hojas de Hierba» nace esa primavera espiritual, los poemas extensos que se refieren a la realidad del hombre y a sus problemas eternos. Es el libro de sus años con ese anhelo profundo de realizar el bien humano que rompe las ataduras de la tradición; y visto en otro aspecto, como piensa Carl Sandburg, «es el juramento más solemne que se ha escrito, expresado con los más impetuosos acentos, de que los Estados Unidos significan algo y se dirigen a alguna parte». En el libro no hay penumbras. Las corrigió Whitman en los caminos donde en realidad había cardos y flores. Fué tolerante, bueno y misericordioso porque debía explicar a todos la relación que existe del hombre con Dios, con el Universo y con los problemas que debe resolver para asegurar su felicidad en este mundo. Por primera vez aparece en la poesía el concepto de las imágenes como expresión del mundo real. Es un profeta a la manera de Isaías sin espanto en sus palabras; quiere que se comprenda su evangelio para que el hombre se de cuenta de la nada, de la hoja de hierba, de las horas marcadas en el cuadrante; y por lo tanto, ha de aprovechar la ternura de la luz, la consoladora belleza de las noches, el suave estremecimiento del aire, en donde flotan el amor del artista, los prolongados estudios del sabio, las capas de montañas, el brillo de las estrellas que se agotan, el acento de los océanos y los ríos, todo sencillamente imágenes arrastrando por siempre lo presente hacia lo futuro.

En tal aspecto su filosofía examina, como Heráclito, el rodar del tiempo: solamente en la imagen del mundo hay siempre una cosa nueva, agitada por el viento, la llama de la vida en el cuerpo permanente, único fin de la forma, el yo real, el ensueño de Dios.

A veces el pensamiento le abruma, y le parece que la idea es la campana de alarma al despuntar el día:

*«Me parece que yo podría vivir con los animales: son tan plácidos y retraídos,
Me detengo a contemplarlos largamente.
No protestan, no se quejan de su situación.
No andan desvelados en la oscuridad
ni lloran por sus pecados.
No me exasperan hablándome de sus deberes para con Dios.
No hay ninguno que no esté satisfecho,
no hay ninguno que esté poseído
de la manía de poseer.»*

*No hay ninguno que se prosterne ante
otro, ni ante los otros de su
especie que vivieron hace
miles de años.*

*No hay ninguno que sea respetable
o desgraciado sobre el haz de la tierra».*

Canta la libertad soñada en un milagro de visión:

*«Te veo allá en lo alto, hacia el cielo,
en este día,
Libertad, de vuelta de tu campo
de conquistadora,
Reparo en la nueva aureola alrededor
de tu cabeza,
Nada de tenue luz astral, sino
destumbradora y temerosa,
Con las llamas de la guerra y los rayos
ligeros, juguetones,
Y tu actitud inmóvil, allí donde estás de pie.
Con la mirada inextinguible y el puño
crispado en alto,
Y tu pie sobre el cuello de quien
te amenazaba;
aplastado, quien te despreció,
bajo tus plantas».*

Whitman conservó en su memoria la figura de Lincoln, el apóstol de la libertad: «Su aire gastado y fatigado, las verdaderas arrugas de las grandes responsabilidades, las complicadas cuestiones de la vida y la muerte sobre su sombría faz bruna, y sin embargo, bajo los surcos, la bondad de siempre, la ternura, la tristeza, la firmeza».

Su canto es la marcha triunfal de la muerte y de la gloria:

*«Se acabaron para él los conflictos
tempestuosos de la vida,
Y la victoria y la derrota—ya las
vicisitudes oscuras del tiempo,
No pasarán como nubes infatigables
por el cielo.
Pero canta, poeta, en nuestro nombre,
Canta el amor que le tuvimos—pues
tu habitante de los campos
de batalla, lo conoces bien.
Este polvo fué el hombre,
Dulce, sencillo, justo y resuelto, bajo
cuya mano prudente
Del crimen más horrendo conocido
en la historia de todas las épocas
y países,
Se salvó la Unión de estos Estados».*

Si «Hojas de Hierba», proporcionala-ron desventuras a Whitman, desprecio, alejamiento, retiro de sus empleos, el gran espíritu de Emerson le consuela con una carta, la más alta distinción de bondad y de intelecto en esa época turbulenta: «Querido señor, le dice: Justiprecio el maravilloso regalo que me ha hecho Ud. con «Hojas de Hierba», que considero el más extraordinario trozo de espíritu y de sabiduría que América haya producido hasta ahora. Me siento del todo

feliz con la lectura de ese libro, porque el gran poder nos vuelve felices. Responde él a la demanda que yo enderezo siempre contra lo que me parece de naturaleza estéril y mezquina, como si un exceso de trabajo, o demasiada linfa en el temperamento, estuvieran en camino de volver bajos y adiposos nuestros espíritus occidentales. Lo felicito por su pensamiento independiente y valeroso. Siento una gran alegría. Encuentro cosas incomparables, incomparablemente dichas, como deben serlo. Encuentro ese coraje en el trato que tanto placer causa y que sólo una amplia visión puede inspirar.

Saludo a Ud. en el comienzo de una gran carrera, que debe haber tenido, no obstante, un largo precedente en algún lado, para permitir un tal estreno. Yo me he frotado un tanto los ojos para ver si el rayo de sol no resultaba un espejismo; pero el sentido sólido del libro es una certidumbre cabal. Tiene el mayor de los méritos: comunicar fuerza y coraje.—R. W. Emerson.»

Pocos meses antes de su postración y de su muerte una digna y hermosa mujer, rica en gracia y en dinero, lleva a su padre y a su hermano a presentar su homenaje al poeta maldito pero glorioso como lo afirmaron Dante Rossetti, Swinburne, Tennyson, y la muchacha, Mary Smith, le brinda toda cordialidad.

Los últimos días de Whitman son iguales en dolor físico y hace lo posible, en su descenso, de tener el tiempo que tantas alegrías le dió. Escribe su final: «De hecho, heme aquí, en estos años de 1890 y 91 (poniéndome más rígido y hundiéndome más, de una quincena a otra), muy semejante a algún viejo, austero y maltrecho molusco de dura caparazón, golpeado por el tiempo (sin extremidades, totalmente imposibilitado de ir de un lado a otro), arrojado sobre la arena seca, incapaz de movimiento—no me queda sino estarme quieto, y entretener los días que aún me quedan, y descubrir si no habrá algo que el dicho austero y maltrecho molusco, pudiera sacar, por fin, de su buen humor heredado y de los latidos alegres que sueñan allá, en lo profundo, de su viejo caparazón gris. Y, viejo como soy, me siento hoy día como si fuese parte de una ola retozona, o dispuesto a jugar como un chivato o un gatito—probablemente un elemento de adaptación y perfección física aquí y ahora.»

Ha predicado la obediencia al alma, para que ella lo conduzca por caminos de gloria, de paz y eternidad.

LETRAS DE AMERICA

"Puerto Limón"
de Joaquín Gutiérrez

Por Juan A. AYALA

(En *Rep. Amer.*)

Una frase, que por desgracia se hizo célebre y que suscitó la atención polémica de los escritores de América, va dejando de ser cierta. «América es una novela sin novelistas», afirmó tenazmente Luis Alberto Sánchez. Los hechos han desvirtuado al poco valor objetivo que, durante algún tiempo, pudo tener esta afirmación. Hoy ya se puede decir que la novela va abriéndose paso en esta tierra de América y que ha comenzado para el continente su verdadera etapa humana, que redica precisamente en su redescubrimiento a través de la naturaleza y del hombre. La novela americana existe, porque existe el dolor y la angustia en el desmesurado contraste que se da entre naturaleza y vida, entre hombre y acontecimiento. Ninguna tierra, más preparada que esta para sazonarse en la novela: en este tablero evolucionan razas, ideologías, tendencias, que se entremezclan en pavorosos problemas. Aquí no hay término medio, pues todo es volcánico. Puesto que no puede ser una verdadera epopeya la que florezca, tiene que ser la novela, cantada, gritada, recitada, vivida. Una novela en la que entre el indio, el mestizo, el negro, el capitalista de apellido sajón; el petróleo, el café, el maíz, el estaño, el banano, el volcán, el río, la manigua, la pampa, la selva, el llano, la sabana . . . Escenario magnífico. Y no faltan los hombres que muevan esos personajes de novela . . .

Una enumeración de los valores actualmente existentes tendría el peligro de dejar a muchos fuera, por falta de información detallada. Pero los nombres de Rivera, Gallegos, Larreta, Machado de Assis, De Azevedo, son una realidad. Y en estas tierras de Centroamérica, que nos interesan por lo cercanas, Miguel Ángel Asturias, Yolanda Oreamuno, Mario Monteforte Toledo, Coronel Urtecho, Cardoza, Arévalo Martínez . . . (insisto en que la enumeración es obligadamente limitada). Señalamos de pasada la preeminencia de guatemaltecos. Es que tienen la magnífica disculpa de la tierra y del hombre guatemalteco. Tierra rica, de ensoñación auténticamente tro-

pical, en la que existe el gran abismo racial de un fondo indígena numeroso y cerrado y el mestizo, el ladino relativamente culto. Diferencias sociales y sobre todo, mentales. El indio cerrado en su ambiente, guardando lealmente sus secretos y sus tradiciones y el blanco comerciando, estudiando, viajando, han hecho de Guatemala en Centroamérica, una especie de Sevilla actual de la literatura y en concreto de la novela vivida y bebida en sus fuentes más auténticas. Algo parecido ocurre en la realidad venezolana de indios semisalvajes y negros apegados a los africanos, en un injerto superficialmente americano. Bien lo ha descubierto Rómulo Gallegos en una de sus mejores novelas «Pobre Negro» . . . Pero no queremos apartarnos del tema de nuestro comentario que se dirige hoy a un novelista costarricense, Joaquín Gutiérrez, cuya obra «Puerto Limón», ha sido la sensación del año en Chile y en el resto de Sudamérica.

«Puerto Limón» es una interpretación realista de la difícil vida del bananero en las haciendas de Honduras, de sus problemas sociales. Como telón de fondo aparece la naturaleza de la selva tropical con una grandeza inusitada. Una especie de gobelino oscilante al soplo huracanado de las pasiones desatadas. Personajes tallados a golpe de machete que se apegan a la tragedia de la tierra fértil pero vedada a sus deseos y, es más, a sus necesidades más urgentes. —Es un ejemplar realizado de lo que, según nosotros concebimos, es la literatura llamada social—. Literatura social hecha sin intención, pero con verdaderas repercusiones en el campo social: examen de la tragedia del bracero y del negro, dentro de una sociedad en la que todavía prevalece la práctica de la esclavitud, de la compraventa del hombre por el hombre . . . Y sobre esta amalgama de pasiones, de opresiones y luchas sin objetivo, la exaltación y el empuje de la naturaleza bravía que acaba por vencer y por derrotar al hombre. Sólo la evasión, una evasión que puede parecer cobardía y traición, es la que salva y redime al hombre.

Silvano, demasiado autobiográfico, demasiado personal, perseguido por la constante idea de la evasión, trata de liberarse de todo un pasado convencional, que le quiere atar a la tierra y a la violencia de sus hombres, incomprensibles para una psicología, como la de él, hecha a la disciplina del estudio y del alejamiento de las dificultades de la vida. Silvano encierra, para mí, el hombre nuevo que se está haciendo en América. Lazos raciales que la atan a los problemas del terruño —la enigmática llamada de la sangre y de la tierra, en definitiva, únicos lazos del hombre emigrante— y por otra parte la acedia ante males que parecen no tener remedio. Pero Silvano no es un vulgar desertor. Es un tierno que volverá, que en definitiva será como su tío Don Héctor Rojas, encomendero, esclavo de las pasiones, de su tierra y de su mujer. Saldrá, recorrerá espaciosos caminos, oprimirá su huella contra el asfalto de las grandes ciudades «donde nadie le conozca y hable un idioma extraño», pero volverá a la verdad de la trocha tropical de la sombra del banano, de la hacienda y del peón, del negro y del mestizo, tristes y oprimidos. Y se adivina que todo su idealismo redimidor, se volatilizará para dar paso al realista, al esclavo y al calculador. Experiencia sexual que se bifurca en dos experiencias prematuras: experiencia sexual en las carnes gastadas de la vieja sirvienta de sus tías, poseída furtivamente sobre las heladas losas de la cocina y en las carnes jóvenes —pechos que comienzan a dar leche y maternidad presentida— de su prima Diana. Experiencia sexual —quizá más importante que la anterior— con la tierra y el clima de la hacienda, con los humildes y los oprimidos. Silvano busca la verdad, una verdad que no puede encontrar entre el fragor de las mil impresiones recibidas en su choque con un medio ambiente que él no podía adivinar detrás de las paredes del Colegio. Los peones sensuales hablando de sus experiencias, la procesión de los aparecidos, el consultorio del médico y la negra Azucena leprosa, Betó el señorito pervertido, Tapón vagabundo de puerto y estación, Paragüitas, el líder, crean en él un estado de excitación que sólo puede tener salida en la huida, en el desencanto de los largos viajes, en el aturdimiento de las grandes ciudades, y en las dificultades de un idioma inexpresable.

«Puerto Limón» aborda un problema racial que, excepto en raras excepciones, había sido tocado por otros escritores y novelistas de América. El de los negros. Rómulo Gallegos lo abordó ampliamente, en escalas insuperables en su obra «Pobre Negro» en ese ambiente de magia, africanismo y primitivismo, del negro trasplantado a un suelo extraño. Pero la novela de Gallegos es una novela de magia y de clave, que tiene algo de hechicería y de misteriosa evocación, de una raza, con sus mitos, sus creencias, sus ritos lunares. Por el contrario «Puerto Limón», nos da la realidad del negro mecanizado, esclavo de alma y de cuerpo. El negro estadounidense, con el complejo de la raza, de la servidumbre, de la lucha por la vida. El negro alegre y resignado, encaprichado con el juego de luces y las irisaciones de un vidrio o de un papel plateado. —Tom, el hombre del autocar, conspirador, y tierno, amante, desesperado, en el que la llama de la sangre y el amor fraterno, se subliman hasta actos heroicos, violentos, llenos de fe, porque la fe sólo florece junto a la violencia.

—«Tenés frío?»

—Por debajo de las sábanas ella movió la cabeza negando.

—Tenés hambre? Te traje unas naranjas . . . salí, Azucena, destapate la cara, yo no te tengo asco, a Tom no

se pega. Azucena, yo sabe, todo, oh sure, yo sabe, —la voz se le quebró y no pudo continuar . . .»

Y ni las llamadas de una prostituta, ni la violencia del amor de ocasión, le logran arrancar del lecho de la hermana leprosa. Sólo la fuerza armada le arrastra a la defensa y a la huida...

Puede ocurrir que el lector se sienta defraudado ante el desenlace de esta novela de violencias . . .

La huida, la cobardía y la traición, hasta el último capítulo. Pero Silvano no abandona la selva, ni al negro, ni el amor de Diana de la que ya recibió pruebas inolvidables. Silvano marcha en un amanecer de muertos, sobre las olas de la ilusión . . . «Al muchacho le llegó a saltar el corazón y tuvo que sujetarse a una barandilla para no caerse al agua. Se sentía, por fin, desfallecer». Pero aunque el final sea un corte inesperado en todo el desarrollo de esta novela, todos sabemos que la solución está más en el fondo. Silvano volverá. La llamada de la tierra. Como el mono que se acerca curioso después que la madre ha muerto acribillada a tiros. Y es que la tierra, a la que hemos matado, a la que hemos olvidado, llama por fin a nuestras puertas. Y su voz resuena, honda, quejumbrosa.

Por eso «Puerto Limón» no es un puerto de partida, sino más bien un «Puerto de Regreso».

San Salvador,
17 de Noviembre de 1953.

Sanción ultravital

Por Agathon de POTTER

(Envío de P. D., en Cartago.)

La sanción ultravital es la consecuencia, en una vida posterior, de las acciones cometidas en la presente; consecuencia feliz o desgraciada según esas acciones fueron o no, conformes a la regla. Respecto a la sanción ultravital, sólo dos hipótesis hicieron mientras hay tres posibles, lo que es un sofisma por error de enumeración. Dijeron: la vida futura es eterna; otros afirmaron que no hay vida futura. Entre las dos nociones, hay una tercera alternativa: las vidas futuras son temporales.

La eternidad de la vida futura establece necesariamente un juez supremo, una cuenta corriente de nuestras acciones, y, según el resultado positivo o negativo del balance, la vida futura soporta una felicidad eterna o una eternidad de penas. Por un compromiso con la razón, se admite una

vida futura temporaria: el purgatorio. La eternidad de la vida futura es evidentemente absurda, y aun los que por convicción deberían defenderla, dudaron de ella. Chateaubriand quería introducir en el paraíso algún sufrimiento, a fin de evitar la eterna monotonía del justo; quería hacer el paraíso más racional. El redentorista Saintrain se ocupó del infierno; pensó que él hubiera hallado algo mejor, más conforme con la bondad divina que el infierno eterno. Si la hipótesis de la vida futura eterna es absurda, sirve, por lo menos, de base al orden despótico mientras sea aceptado como verdadero; pero la otra alternativa, negación de toda sanción ultravital, es destructora del orden social y lleva a la anarquía.

Una regla de acciones revelada, sobrenatural o científica, pero no san-

cionada, es lo mismo que la ausencia de regla, ya que no queda en tal caso sino la regla que cada uno se da, y consiste en dejarse guiar por sus pasiones. No hay nada más disolvente que la coexistencia de tantas reglas distintas como individuos haya en contacto.

Desde el origen de la humanidad, siempre se ha oscilado entre la hipótesis de la vida futura eterna y la negación de toda existencia ultravital, lo que en la práctica enseña que siempre se ha caminado del despotismo a la anarquía y abandonado el horror de la anarquía para refugiarse en el despotismo.

¿Qué precisa para salir del círculo vicioso? Lo único es: no limitarse a una enumeración incompleta de las ideas relativas a la vida futura. Ora se la niega, ora se la admite como siendo eterna. Completando la enumeración, se debe admitir la posibilidad de vidas futuras temporarias y demostrar su existencia. Algunos tomaron esa posibilidad en consideración; dice Boiste: «Se inclina a mirar nuestro globo como el purgatorio de algún planeta». Víctor Hugo tenía el mismo presentimiento: ¡«Ten-gamos compasión con los castigados! ¿Quién soy, de dónde venimos, nada hemos hecho antes de nacer? ¿No es el hombre un reincidente de la justicia eterna? En todas partes se ve el castigo».

Víctor Hugo comprendía pues, la posibilidad de una serie sin fin de vidas temporarias sucesivas, porque: pretender que la vida actual sirve de medio de expiación, para los que trasgredieron la regla de las acciones en una vida anterior, lleva a admitir una vida temporaria aquí abajo, para quienes desobedecieron la regla moral, y así sucesivamente. Pero la realidad de la existencia de las vidas futuras, no debe ser supuesta para que el orden sea definitivo; precisa demostrarla irrefutablemente.

La consecuencia es una sanción reconocida inevitable, que constriñe moralmente a conformar sus actos a la regla. Se tiene por consiguiente una obediencia voluntaria a las órdenes de la soberanía impersonal de la razón; se tiene, en fin, como efecto de la ausencia de toda idea de rebelión contra la organización social, en vigor entonces, una paz imperturbable.

La Lógica, p. 52 a 55.
Biblioteca Nacional de San José de Costa Rica.

Lo que no hará Estados Unidos

Por Juan Antonio CORRETER

(En *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico.)

En la medida en que es culta, una sociedad es consciente de sí misma. Cuanto más culto el individuo, más parte suya se siente, es más conscientemente suyo. La cultura es la conciencia de una sociedad; es también el conjunto de las formas de expresión de esa conciencia. Valora la conciencia del individuo el grado de respeto con que se acerca a esas formas de expresión. Esas formas de expresión valen según su excelencia, alcanzada dentro de la oportunidad de desarrollo y de libertad de que la sociedad haya dispuesto para producirlas y organizarlas. Analógicamente, quiérese decir que, para Puerto Rico en busca de sí mismo, en capacidad de a sí mismo expresarse, el gauteriano Canto a Puerto Rico vale lo que para la Hélade eterna la Oda pindárica.

Las metrópolis nunca tuvieron en cuenta la cultura distinta de sus colonias. Un relato patético de Alfonso Daudet ha dramatizado, en la gran literatura mundial, el abuso de poder que desplazó el francés en las escuelas de Alsacia y Lorena; que impuso el alemán y el ruso a Polonia esclavizada; que redujo a lengua semicadáver el galo en Irlanda; que ha querido, sin lograrlo, arrancarnos la lengua a los puertorriqueños.

La vida de relaciones internacionales no tiene que ser una injusticia. La relación entre naciones puede también ser un acto justo. Lo que idearon Victoria y Ayala; lo que completó y codificó Hugo Grotio; lo que en Panamá intentó Bolívar; lo que se quiso que hiciera la Liga de Naciones; lo que la Organización de Naciones Unidas adelanta, son hitos en el proceso de adecentamiento de la vida de relaciones internacionales. El Convenio de las Naciones Unidas es el tratado de mayor importancia, el que más obliga, a cada uno de sus firmantes. El peso de esa obligación no ha decaído con sus 13 años de existencia. Al contrario, cada crisis surgida prueba, con fuerza cada día mayor, la obligación que cada uno de sus firmantes siente pesar sobre sí mismo. Las Naciones Unidas no es una perfección. Refleja el mundo que la ha producido. Pero ciertamente refleja un mundo mucho más coherente, que

el que hizo fracasar la Conferencia Bolivariana y la Liga de Ginebra. Los gobiernos pertenecientes a las Naciones Unidas se atreven, todavía, sin duda alguna, a muchos actos detestables dentro y fuera de sus jurisdicciones nacionales. Ninguno se atreverá —a menos que de antemano se haya decidido al suicidio precipitando la liquidación de la civilización universal con la guerra atómica— a encarar un alegato en el que se le acuse de uno de los crímenes de lesa huma-

nidad que en el seno de la ONU ha sido creado y elaborado. Tal, por ejemplo, el mayor, el más grave de todos: el genocidio.

¿Qué es el genocidio? El genocidio es —entienda bien el lector— «grave figura de delito contra la humanidad, de reciente elaboración en el seno de las Naciones Unidas. Consiste en la destrucción intencional de grupos humanos de orden nacional, racial, religioso o político, en razón de su propio carácter. El genocidio puede ser físico, biológico o cultural, y alcanzar no sólo a la destrucción total o parcial, sino incluso a los actos tendientes a impedir el libre y natural desarrollo, biológico y cultural de los grupos protegidos».

Puerto Rico es una sociedad estable de hombres, de secular estabilidad, dueña de una cultura, tan rica, tan hermosa, como le han permitido desarrollarla su lucha secular contra el obscurantismo; y como le ha permitido mantenerla su lucha del último medio siglo por seguir siendo lo que es y por ganar su independencia. Esa cultura de la sociedad puertorriqueña tiene un lenguaje: el castellano. Sería genocidio, por parte de Estados Unidos, intentar destruirla, aniquilarla. La anexión —vulgarmente llamada «estadidad» —sería la aceptación, por parte de Estados Unidos, de la responsabilidad de aniquilar esta cultura, de destruir este lenguaje. En una palabra, sería genocidio.

No, amigos. Estados Unidos puede intentar, como en efecto intenta, prolongar su dominación política en Puerto Rico. Hace todo lo que puede por alejar el día en que se vea en la obligación de reconocer la independencia de Puerto Rico. Pero encárarse a una acusación de genocidio contra Puerto Rico, ¡nunca! Se lo prohíbe la humanidad, organizada en las Naciones Unidas; se lo veda su propio compromiso con la ONU. No es fuerza menguada esta buena fortuna de hablar español. Porque Puerto Rico es hispanoamericano; y cada día que pasa, en este mundo cambiante, Estados Unidos sentirá, como necesidad, más hondamente en sus entrañas, la amistad de Hispanoamérica.

ASOMANTE

Revista Trimestral Literaria

La edita la

ASOCIACIÓN DE GRADUADAS
DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

DIRECTORA:

Nilita Vientós Oastón

DIRECCIÓN:

Apartado 1142
San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos.....	\$ 4.00
Otros países.....	3.50
Ejemplar suelto.....	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

Publicación dedicada
al estudio y a la difusión de las letras
iberoamericanas.

Director Literario:

Arturo Torres Rioseco.

Director Editor:

Alfredo A. Roggiano.

Pedidos a:

Marshall R. Nason,
Secretario Ejecutivo.

UNIVERSITY OF NEW MEXICO.
Albuquerque, New Mexico.
E. U. A.

La herencia ateniense

Por N. VIERA ALTAMIRANO

(Envío del autor).

Insistamos en señalar ese índice material y espiritual de los hombres —individual o colectivamente actuantes— que son sus «preocupaciones» o lo que un filósofo contemporáneo ha llamado «las valoraciones y los ideales que llenan la historia de los pueblos», historia que viene a ser en buena medida la propia historia o vida del hombre individual. Porque el valor va con el poder —volvemos a decirlo— y una forma del poder espiritual de una raza se expresa certeramente en la altura de sus ideales. Sólo caben altos ideales en el alma de los pueblos con alto valor espiritual y con posibilidades de haber acumulado previamente y haber amasado desde antes lo que tiene que ser como el pedestal de ese más alto querer.

Es evidente que el medio ateniense representaba una acumulación de logros humanos, una civilización —su ciudad y sus leyes—, sobre la cual bien cabía la superestructura de algo superior, de algo lleno de mayor valía, que era su cultura. El ateniense poseía sus artesanías: se cortaba la madera, se fundía y se modelaba el metal, se labraba el agro, se domesticaba y erraba

el semoviente, se construía la nave y se edificaban los templos, las fortalezas, las viviendas, las murallas. El griego de Atenas poseía una culinaria y había alcanzado la técnica de un buen vino. Tenía, en resumen, lo que ha menester un pueblo para vivir, para crecer, para imponerse y sobrevivir en el orden material, en el sentido puramente material de la historia, de eso que existe aún en los animales inferiores y que si bien es rutina de contacto en el infusorio sabe también ser arquitectura en la abeja.

Pero no se había detenido allí, porque si bien la vivienda se supera en la fortaleza —vivienda de la ciudad— y en el templo y el buscar el alimento se supera con la aventura del mar, con la aventura del intercambio y del viaje y ya una ciudad representa un ahorro —el saldo de lo producido ayer pero no consumido totalmente ayer—; si bien todas esas cosas materiales expresan la preocupación económica del hombre, hay que advertir que ya en la construcción de los templos y las naves de guerra iba algo que sobrepasaba la medida material. El hombre que antes bebía el agua en sus manos llegó a sentirse urgido a beberla en un

artefacto y con el tiempo el artefacto alcanza la categoría de la obra de arte maestra. Y este sobrepasar de la necesidad inmediata, esta adición —inapreciable en su comienzo— a lo que es lo cotidiano, es lo que queremos llamar cultura porque expresa el resultado de un afán y porque ese afán está siempre dirigido por una valoración más alta, verdadero imán y talismán, estrella guiadora, norte sospechado en la larga navegación del hombre que va en busca de la verdad del mismo ser humano.

Entre esas adiciones están estos motivos atenienses: el buscar la verdad y amarla para hacerla filosofía; el convertir la palabra en algo que cada vez expresaba más cosas del alma humana, encendiéndola de cadencia y recuerdo como para hacerla pasar certeramente por el corazón; el pensar en la ciudad y en la ley como manera de responder a los tropiezos de la convivencia de seres que no ven de la misma manera ni tienen parejas preocupaciones. Toda esta superabundancia espiritual se acumulaba en el vivir ateniense y se transmitía de una generación a otra. En cierta medida era lo buscado ayer, no consumido ayer y que se guardaba para el mañana. Pero no en menor medida esa adición era lo imperecedero de la cultura, lo que no podía destruirse.

La Revolución mexicana

Por Blanca Lydia TREJO

(En Rep. Amer.)

Su fuerza ideológica, es reconocida por una autoridad diplomática, en los Estados Unidos, en momentos en que cualquier ansia de los pueblos de América por liberarse de sus tiranos, es combatida, atribuyéndosele inspiración comunista.

De la misma manera en que se juzgó, el acto de la expropiación petrolera, de la Reforma Agraria, y de algunos artículos de la Constitución como el tercero y el ciento veintitres, a los que aún la oposición sigue tildándoles de «comunistas». A este respecto, es importante el artículo publicado en el «Foreign Affairs Quarterly» que expresa: «Cárdenas era de criterio fundamentalmente antinorteamericano y no vaciló en usar a los comunistas para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos».

Cuando el articulista dice también: «La economía del país fue trastornada por el reparto de los latifundios y por la expropiación de las empresas petroleras extranjeras, pero se crearon las condiciones que permitieron a gran número de individuos mejorar en lo material, con lo que surgió una clase media».

Es decir, que el Gobierno acremente criticado, echó mano de el «material humano» capaz de establecer un equilibrio, principalmente económico, en consideración a la situación infrahumana en que tanto el latifundismo, como los monopolios, —más si son extranjeros,— tenían absorbidas las fuentes de la economía, en una de sus ramas más importantes.

Ese reconocimiento al movimiento nacional que lleva en su médula el mejoramiento de las grandes mayorías, es ya un principio, aunque aislado, —pero por algo se empieza,— de que la tierra, los tesoros del subsuelo, los minerales, los banales, etc., pertenecen a sus pueblos y de ninguna manera a monopo-

lios extraños que alteran y explotan la economía de un país, inmiscuyéndose hasta en su política interna y sus maneras de gobernarse.

Con frecuencia al hambre, a las protestas en contra de las arbitrariedades, en contra de las injusticias, en los pueblos de América, les llaman «comunismo», cuando tan sólo se trata de anhelos humanos, comunes a todos los pueblos de la tierra. La propaganda maquiavelica que procede en esta forma, hace mucho mal a las democracias, porque las coloca en situación de prohiar las peores tiranías, y atribuye al comunismo la fuerza capaz de modificar los sufrimientos de las masas, otorgándole las mejores banderas.

Se necesita un juicio sereno como el del articulista que comentamos, el que se ofrece generalmente, cuando pueblos como el de México han desafiado ya las crisis políticas, los ataques de las poderosas Compañías extranjeras, la adversa propaganda y las calumnias, en vista de los favorables resultados de esa política, mañosamente tildada de «comunista», pero que puede ofrecer alivio y progreso, como el que ahora se recoge en México, gracias a los gobiernos emanados de la revolución, cuya secuela ininterrumpida, atiende ya uno ya otro renglón interesante del país.

Indiscutiblemente, los pueblos poseen un instinto que les hace respaldar a sus gobiernos, cuando estos son leales para con la patria, y poseen la convicción de que servirla, es el mejor timbre de gloria que puede un hombre desear para la posteridad. Esto se ha palpado en México, afortunadamente, y por eso cualquier movimiento nacional sigue su curso con características y fuerza propias, como tardíamente ahora es reconocido:

Otra página sentimental

de Laura DA VINCI

(En Rep. Amer.)

MI DESEO

Mi deseo es una pobre mariposa con las alas rotas, que ya no puede remontarse al cielo para aletear.

Mi deseo fué hecho de espuma y de nácar: de los dulces amores y ternuras que soñó mi juventud enardecida. Lo truncó, el cruel mutismo de tu vida inexorable, porque tu frívolo corazón, no sabe de dulzuras, ni grandezas; porque el alma tuya no pudo nunca comprender el alma mía . . .

Mi deseo es como una pobre mariposa con las alas rotas, que jamás podrá aletear, porque el fuego de mis ilusiones, lo extinguió tu indiferencia. Y allí en el césped, con sus alas rotas, poco a poco morirá de dolor . . . !

MI OBRA

El castillo que formé con mis ilusiones, tuvo sus cimientos en tu cariño inexplicable; lo contruyó mi pasión enardecida y sus sólidas paredes, fueron pedazos de mi alma que fuí juntando con el alma tuya.

Y cuando lo hubo edificado el ansia de mi amor ardiente, cultivé vergeles de rosas y claveles que fueron creciendo bajo nuestra infinita pasión.

Allí te amé de verdad, en cuerpo y alma. Erigí, con mi cariño, en su interior, un pedestal para adorarte siempre.

El castillo que formé con mis ilusiones, lo derribó tu olvido. Y mis lágrimas de desencanto, serán las únicas que refresquen el vergel frido que llevo en el alma de tu recuerdo . . . !

INOLVIDABLE

La noche se ha metido por la oquedad del horizonte y en mi corazón melancólico, la sombra de la congoja también transpasó la tela sutil del recuerdo de amor.

Y es que no he vuelto a oír tu voz maravillosa, ni a contemplar el fulgor de tus oscuros ojos, remanso de promesas sin fin . . .

Estaré lejos de ti, muchos días y muchos años quizás, pero no habrá distancias que logren borrar el recuerdo bendito de tu imagen, de mi corazón, ni la remembranza feliz, que mitigó el profundo dolor, que tu separación causó en mi vida como un castigo.

Te amaré siempre y en silencio musitaré tu nombre adorado y cuando las lágrimas surquen mi rostro, allí estará el recuerdo sacrosanto de tu amor como en un consuelo, en el sendero de mi vida . . . !

SINFONIA DE INVIERNO

Llueve en este melancólico atardecer invernal y el chasquido leve del agua, al llamar a los cristales de mi ventana, me ha hecho soñar con una sinfonía de invierno.

Las gotas de lluvia parecen ejecutar, como en un sueño, una rara y bella melodía; son los acordes de un piano que solloza o el arpeggio dulce de un violín que vibra y se estremece.

Las rosas blancas de mi vergel, adormecidas, se han inclinado para mirar los pétalos dehojados en sus corolas de nácar, que danzan en el agua con la música de mis sueños.

Este atardecer azul de terciopelo, despierta en mi alma, reminiscencias de un pasado de amor que ya no existe, y las gotas de lluvia, al llamar a los cristales de mi ventana, me han hecho soñar con una sinfonía de invierno.

MOTIVO

Mi inspiración eres tú.

El motivo está en tus cabellos de albura de nieve.

En tus ojos celestes de jirones de cielo.

En tus ojos a veces verdes como las olas del mar.

En tu boca divina de labios ardientes.

En tu voz siempre dulce . . .

En tu acogedora y franca sonrisa. Está en tu cuerpo arrogante y altivo.

En tus manos varoniles y suaves.

En tus brazos cariñosos y fuertes. En tu noble y gran corazón.

Mi inspiración la llevas tú. Eres en mi vida, el paisaje soberbio de un motivo de amor. Y a manera de un bello arcoiris, vas rodeando el paisaje de mi alma con ensoñación . . . !

AMADO INMOVIL

Lo recuerdo siempre; en los ratos de inmensa alegría y de amarga tristeza. Erigí a su imagen adorada, un altar en lo recóndito de mi corazón.

Y han pasado tantos años desde entonces . . . ! Pero el dulce recuerdo de él, resplandece cada día más hermoso en mi interior. Es para mí, la aurora permanente que con su luz, va iluminando el cielo de mi vida.

Más . . . un día será el amado inmóvil. Entonces no hablará; de sus labios no brotará jamás la dulce música de su voz y sus ojos claros, llenos de ternuras, no tendrán fulgores, ni su vida escuchará mis palabras de amor. Su boca fresca, de labios de grana, tampoco sentirá la suave caricia de mis besos.

Estará muerto y frío. Pálido y yerto. Inexpresivo para aquellos que no supieron amarle como yo.

Muerto, como estoy yo en su interior, porque se fugó el espíritu mío que pudo haber en él.

Y en mi, en tanto, queda rasgándome de inquietudes el alma, su recuerdo, su divino recuerdo que me acompañará por el infinito como una sombra . . . !

SUPLICA

Qué he de hacer, Señor, para borrar su nombre adorado de mi corazón?

El recuerdo sacrosanto de sus palabras de amor, que me colmaron de dichas y de anhelos tantas veces, bajo la maravillosa música de su voz y el suave aliento de su boca fresca al juntarse con la boca mía?

Qué he de hacer, Señor, si lo pusiste en mi camino, como un rayo de luz en la oscura noche de mi vida?

Para olvidar los instantes supremos en que fué mío su cuerpo arrogante y altivo?

Y si debo dejarle porque su pasión es impía y su desdén irremediable, dame fuerzas, Señor, para borrar su nombre adorado de mi corazón . . . !

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: \$18.00

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

... "y concebí una federación de ideas." — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Entre los individuos como entre los pueblos el derecho al respeto es la paz." B. Juárez.
"Bárbaros, las ideas no se matan", — repitió Sarmiento.
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. — Bolívar.

Exterior:
Suscripción anual:
\$ 5 dólares
—
Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.

CREPUSCULAR

Sentados sobre el verde césped de una colina, con las manos suavemente enlazadas y hablando de amor, un atardecer primaveral, se encontraron tu alma y la mía.

Lefamos a Bécquer, recuerdas? Dulcemente brotaban de tus labios las bellas estrofas y eran ensueños los versos del poeta, en las páginas de aquel libro carmesí:

*«Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán...»*

¡Oh! Ese atardecer primaveral de amores y venturas...

Sentados sobre el verde césped de una colina, con las manos suavemente enlazadas, nos acercamos tanto al cielo, que volvimos de tan bello viaje, con los cabellos bañados por los rayos de la luna...

AMOR ETERNO

Dónde, por el hilo de luz de tu mirada; por el divino goce de tu sonrisa; en el raso vegetal de la montaña lejana; en la sensible epidermis de la nube; dónde te has henchido odre de sutilezas del liquidámbar del gozo

Te nombró amor, la vida, luz diferida que ennobleció el diamante e hizo rubí a la rosa. Y te nombré en la fragancia sutil de tu nombre y tú fuiste la perla de nácar no soñado en el amatista de la tarde en que te vi por vez primera y te amé con toda el alma...

CONFORMIDAD

Me resignaré a perderte; a no volver a escuchar jamás tu voz de tierna melodía, ni acariciar con el calor de mis besos, tu boca fresca, de labios de grana.

Inadvertido pasarás siempre al lado mío, sin atreverme siquiera a pronunciar tu nombre. Y el fulgor de tus oscuras pupilas no volverá a iluminar nunca el sendero de mi vida.

Transitaré por el largo camino del mundo, como una sombra: sin ilusiones, ni ansiedades, porque el amor que un día me diste, se fugó de mi espíritu y de mi cuerpo, convirtiéndose en amarga realidad.

Me resignaré a perderte heroicamente, con el alma destrozada, para subsistir eternamente sumida, entre la sombra furtiva de tu divino recuerdo, plena de conformidad...

Cartago, Costa Rica
Julio de 1958

En las ediciones recientes de la Editorial LOSADA, Bs. Aires, estos valiosos libros:

(Todas las literaturas, todos los géneros):

En la «Biblioteca Contemporánea»:

Miguel Angel Asturias: *Leyendas de Guatemala*.
José Bergamín: *La corteza de la letra* (Palabras desnudas).
Fernán Silva Valdés: *Santos Vega. Barrio Palermo. Por la gracia de Dios*.
León Felipe: *Antología rota*. Epílogo por Guillermo de Torre.
Manuel del Cabral: *Antología clave*.
(1930-1956)

En «Cristal del Tiempo»:

Luis Reissig: *La era tecnológica y la educación*. El hombre, La técnica, El ambiente.

En «Gran Teatro del Mundo»:

Jean Cocteau: *Teatro*. Bacco. Los novios de la Torre Eiffel, Los caballeros de la mesa redonda.

En «Poetas de España y América»:

Mario Cabré: *Canto sin sosiego*. (Alfonsina mar y muerte). Prólogo de Juana de Ibarbouron.
Rubén Vela: *Veranos*.

En «Novelistas de España y América»:

Eduardo Barrios: *Los hombres del hombre*. Ilustraciones de Gracia Barrios.

En «Los grandes novelistas de nuestra época»:

Albert Camus: *El exilio y el reino*. Traducción de Alberto Luis Bixio.
Jules Romain: *Los hombres de buena voluntad*.
Tomo XVIII: *La dulzura de la vida*. Traducción de Mariano Lencera. Tomo XX: *El mundo es tu ventura*. Traducción de Luis Echávarri.

Señalamos la Editorial PERROT, en su «Colección Nuevo Mundo». Bs. Aires, Argentina.

Hemos recibido, y mucho los agradecemos, estos cuadernos:

Fernando Guibert: *El Compadrito y su alma*.
Abelardo Arias: *De la Torre de Fuego a la Niña encantada*.
Ricardo Güiraldes: *Seis relatos*. Con un poema de Alfonso Reyes.
Sigfrido Radaelli: *Terán escritor*.